

En cuarto lugar dice poco en favor de la dirección del colegio, pues es de suponer que el niño se quejaría á los maestros antes de llevar á cabo su vitando delito.

En quinto lugar proclama á voz en grito que hay niños que con serlo son tan miserables como el último miserable con barbas, pues es innoble villanía reunirse un grupo para mofarse de una pobre criatura sola y atropellarla cruelmente.

En sexto lugar... Pero creo, con lo dicho, que hemos sacado ya bastantes corolarios de nuestro teorema. Vayan ahora algunos escolios.

Haré presente á los niños que, no por serlo en temprana edad, dejan de escocer y ser quizás indelebles los agravios recibidos en esta sazón. Pasan diez, quince, veinte, treinta años, y se recuerda con mal encubierta aversión cualquier desagradable incidente ocurrido en el primer año de latín. Hay que evitar, por lo tanto, dar ocasión á antipatías dimanadas de alguna burla cruel ó de alguna mortificación de esas que con diabólico ingenio saben inventar algunos niños.

Yo no os diré si quizá me encuentro en el caso de tener sentado todavía en la boca del estómago á algún condiscípulo grandullón del primer año de matemáticas, ó de no haber logrado olvidar alguna desatención de tal ó cual comatriculado en facultad mayor; pero en apoyo de lo que digo citaré á Alejandro Dumas, de la Academia Francesa, y á Enrique Fouquier, uno de los primeros escritores de aquella nación que han dicho antes y mejor que yo lo que arriba he expresado.

Ya sabemos lo que son estudiantes, ó lo que en la actualidad más ó menos justificadamente se denomina *cuerpo escolar*. Sería estúpido exigir que sus relaciones estuviesen calcadas en las formas cancellerescas: la broma, la *guasa*, la *chunga*, la chanza, el humor maleante, el bullicio, la gresca, son su natural elemento, y sería una cosa horrible que sucediese lo contrario. Pero hay que cuidar de que la broma no resulte una infamia, y la burla un agravio mortal, y la novatada un crimen.



Los caballos de un niño